

Pariacoto

El eco de tus cascadas
resuena en el abismo.

(Sal. 42, 8)

La suave música andina de guitarra y mandolina
tocadas con ágil destreza
resuena en la paz virginal de esta noche
penetrándola sin violar.

Y en el seno del cielo nocturno ,
abismo oscuro fecundado de luces,
se oye la voz de un silencio inmenso
y el susurro del eterno cantar.

Quiera Dios dar su gracia
en las horas del día;
y de noche cantaré
al Dios de mi vida.

(Sal. 42, 9)

Días repletos, éstos de Pariacoto;
horas aprovechadas al máximo.
Catequistas tan sinceros en agradecer,
con mentes hambrientas de aprender.

Cada cual con honda experiencia de vida:
¡riqueza de gracia! Tantas veces escondida
tras lenguas amarradas, y desconocida
por la tradicional timidez campesina.

Mirando al cielo
suspiró y dijo:
– EFFETA –
¡ ABRETE!

(Mc. 7, 34)

¡Qué bueno es, Señor, estar aquí!
¡qué bueno orar y trabajar
y repartir tareas entre sí
y, juntos, ver tu obra avanzar!

¡Qué bueno es estar contigo Señor,
bajo tu inmenso cielo,
labrando esta tierra tuya
¡y tú darás el crecimiento!

Maestro, ¡qué bueno!
Que estemos aquí!

(Mc. 9, 5)